

EL RESTO Y LA TOTALIDAD. DIGRESIONES SOBRE  
DERRIDA Y LA DECONSTRUCCIÓN  
Rest and totality. Digressions on Derrida and deconstruction

Horacio Potel  
Universidad Nacional de Lanús  
potel@gmx.net

**Resumen:** El autor del presente artículo retoma la deconstrucción derrideana entendida como una afirmación infinita de lo otro que viene o como la invención de lo otro. El autor señala que antes que cualquier pregunta, antes que cualquier teoría, antes que cualquier filosofía está lo otro, negándose por ello mismo a “encasillarse” en una posición firme que delimite y encierre en su cierre a Jacques Derrida. Luego de recorrer, desde esta perspectiva, los conceptos de hospitalidad, resto y lo posible-imposible, entre otros, el autor cierra el artículo con el relato de la persecución legal que sufrió en calidad de autor de una página web dedicada a la difusión de las obras de Jacques Derrida.

*Palabras clave:* resto / totalidad / deconstrucción

**Abstract:** In this paper, the author focus on derridian deconstruction, understood as an infinite affirmation of the other that comes, or as the invention of the other. The author points out that the other is already there, before any question, any theory, any philosophy are established, which makes the author refuse to “categorize” himself in one firm position that would delimit and enclose in its closure Jacques Derrida himself. Finally, after analysing, from this point of view, the notions of hospitality, rest and the possible-impossible, the author narrates the legal persecution he was subjected to for opening a web page dedicated to the dissemination of Jacques Derrida’s works.

*Keywords:* rest / totality / deconstruction

Si viese claramente, y por anticipado, adónde voy,  
creo realmente que no daría un paso más para llegar allí.  
Jacques Derrida, *El tiempo de una tesis*

Decir lo que la deconstrucción sea, es, claro, traicionarla, congelarla, asesinarla. Esto, desde ya, por supuesto, pasa con cualquier cosa: todo encasillamiento, encierra, encapsula, reduce, ya que supone una tarea de selección, de edición, en la que la totalidad e individualidad de “la cosa” –si es que algo así existe– necesariamente se pierde. Ahora bien, cuando la cosa a cercar, a limitar con un aparato conceptual, es la deconstrucción misma, la cuestión

se vuelve paradójica: ya que la deconstrucción se empecina en mostrar que las cosas no tienen ni un significado definible ni una misión determinada. Que cada vez que se intenta definir una cosa, encerrarla en un casillero, la cosa misma se escapa y se escapa, porque lo que ocurre con las cosas no es algo que tenga que ver con el presente: el significado, la misión de las cosas, lo que ocurre con las cosas, siempre está por venir. La deconstrucción es una apasionada, amorosa, afirmación de lo por-venir. Esto quiere decir que lo que se afirma no es lo que es, lo que está, lo dado, lo presente, eso que los enemigos de la esperanza suelen llamar “Lo Real”. Lo que se afirma, por el contrario es lo por venir, y no lo por venir que algún día llegará, al fin de algún camino o como resultado de algún programa. Lo por venir, está siempre por llegar, lo que quiere decir que jamás se consumará en presente alguno. Lo por venir es lo que no se ve en ningún horizonte, lo monstruoso, lo imprevisible más allá del horizonte de lo mismo. La deconstrucción es una afirmación infinita, afirmación sin descanso ni meta final, de lo que está en construcción deconstruyéndose. La afirmación de lo otro que viene, la invención de lo otro, la promesa siempre renovada. Promesa originaria, pues si estoy constituido por lo otro, es la interpelación de lo otro lo primero, antes que cualquier pregunta, antes que cualquier teoría, antes que cualquier filosofía está lo otro, al que empiezo, antes de empezar y de ser, respondiendo: *sí, sí*.

Pero esto, el encasillamiento, es de alguna manera lo que se nos pide cuando se nos exige tesis y artículos, es decir, tener por lo menos UNA posición firme que delimite y encierre en su cierre a Jacques Derrida<sup>1</sup>. El cual, por cierto, en ocasión de su defensa de tesis, decía: “La idea misma de presentación tética, de lógica posicional u oposicional, la idea de posición, [...] era una de las piezas esenciales del sistema sometido a un cuestionamiento deconstructor”<sup>2</sup>. Para Derrida “resumir o presentar conclusiones téticas” es imposible, y en seguida vamos a ver cómo ocurren estas imposibilidades. Como ya dice en uno de sus trabajos juveniles:

---

1. “Pero, sobre Derrida, no se trata en absoluto de escribir una tesis. Ni hoy ni mañana”, S. Kofman, *Lectures de Derrida*, Paris, Galilée, 1984. p. 15. “Se puede hacer cualquier cosa menos una tesis, una sola”. P. Vidarte, *Derritages. Une thèse en déconstruction*, versión en castellano inédita cedida por el autor, “Capítulo V: Conclusiones. Metáthesis”, p. 20.

2. J. Derrida, *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*, trad. P. Peñalver, Barcelona, Proyecto A, 1997, pp. 11-22. Texto presentado en la sesión de defensa de la tesis, basada en las obras publicadas de Derrida, que tuvo lugar en la Universidad de la Sorbonne, el 2 de junio de 1980, ante un tribunal formado por los profesores Aubenque, De Gandillac, Desanti, Joly, Lascault y Lévinas.

Una de las tesis –hay más de una– inscritas en la diseminación es justamente la imposibilidad de reducir un texto en cuanto tal a sus efectos de sentido, de contenido, de tesis o de tema.<sup>3</sup>

Pareciera, entonces que una tesis, una posición sobre la deconstrucción, es una tarea condenada al fracaso, una tarea imposible. Pero he aquí que la deconstrucción es una incesante espera de lo imposible, es decir de aquello cuya posibilidad está sostenida por su imposibilidad. Pues bien, como la lealtad pura es imposible, vamos a empezar con la traición impura, en nombre de una fidelidad infiel, para poder explicar tantas imposibilidades<sup>4</sup>.

Vamos a decir: (para empezar por algún lado, ya que todo ya empezó), vamos a decir, entonces: la deconstrucción es un pensamiento “en contra” de la Totalidad, un pensamiento afirmativo por tanto, ya que la Totalidad (de existir algo así) cancelaría todo acontecimiento. La Totalidad es la muerte. Pero no esa muerte que nos habita, sino esa “Muerte” que el pensamiento binario falsamente intenta oponer a una “Vida” igual de pura y por tanto imposible. Si se le quita el privilegio concedido hasta ahora al presente, la muerte está desde siempre habitándonos. Somos fantasmas asediados por fantasmas. Y esa condición espectral, la-vida-la-muerte, o la *survie*: estructura original que no se deja derivar ni de la vida, ni de la muerte, es la forma misma de la experiencia y del deseo irrenunciable. “*la vie est survie*”. La *survie* viene. Y abrirse a esa venida, abrir la venida, levantar las barreras, abrir las fronteras para todo lo que venga, es hacer lo que hay que hacer, hacer lo imposible. Si hay algo que detener es aquello que impidiendo la venida pueda obstruir el por venir, traer la Muerte, impedir la posibilidad de una llegada otra, cerrar la apertura afirmativa para la llegada de (lo) otro, es decir, cerrar la experiencia misma, que para Derrida es siempre la experiencia del otro.

Si llamamos “la Muerte” a la desunión absoluta, a la falta de toda ligadura, a la desconexión total, a la diferencia plena, entonces no puede haber Muerte; si llamamos “La Vida” a la total unidad, a la falta de espaciamiento,

---

3. J. Derrida, “Hors libre” en: *La Diseminación*, trad. J. Arancibia (modificada), Madrid, Fundamentos, 1997, p. 13.

4. Entonces lo mejor será que comencemos. Lo que no borra el dolor, ni el sentimiento de la traición; traición porque es imposible terminar, porque el contexto está siempre abierto, porque siempre está abierto el porvenir, y entonces jamás se podrá pronunciar la última palabra. Pero ese es, justamente, desde siempre el precio a pagar si se dice algo, la imposibilidad de decirlo todo, la certeza de estar en la incerteza, la impureza del perjurio, de la infidelidad, de la traición. Y a la vez, otra vez, a la vez, la traición, la infidelidad y el perjurio, es lo único que puede conservar el secreto, y el secreto es justamente lo que permite que nunca termine, una tesis, un texto, una vida. Que nunca se cierre en una totalidad, que nunca baje a su tumba. Nada ni nadie termina nada ni nadie. Ni la muerte termina. Y entonces de nuevo lo único que se puede hacer es comenzar. Comenzar no para concluir nada, comenzar para inscribir la inconclusión, comenzar para sumar un trazo, un resto, algo que comienza ya como ruina y ceniza, y que justamente solo en tanto resto y ceniza abre el por-venir.

a la ausencia de diferencia, a la asfixia, a la opresión, al ahogo, entonces no puede haber Vida. Porque está lo indeconstruible, el principio de ruina que da posibilidad a la pervivencia, a la *survie*. La vida limita a la muerte y la muerte limita a la vida. O lo que es lo mismo: la muerte es la condición de posibilidad de la vida, la vida es la condición de posibilidad de la muerte. Vivimos para poder morir, pero morimos para poder vivir.

Pues bien, volvamos al Todo y digamos que: si el Todo no es, si lo uno no es, entonces por lo menos habrá dos. Podemos llamarlos por comodidad, a estos dos: el afuera y el adentro, o lo mismo y lo otro. Pero aclarando antes que eso de lo del “por lo menos dos” se aplica a “cada uno” de estos dos, que por tanto no llegan nunca a ser “Uno” enfrentado al “Otro”. Ahora bien, si queremos que estos dos sean, que no se unan en una reconciliación hegeliana que los fusione y los anule como tales, al constituir un todo; debemos suponer que, por ejemplo: el afuera esta dentro del adentro, que lo otro habita en el mismo, que el mismo está en lo otro y que el adentro está contaminado por el afuera, desde siempre.

Demos un ejemplo, un tema sobre el que Derrida trabajó mucho: la hospitalidad. La hospitalidad absoluta es lo más temible, es lo más temible porque es entregarse totalmente al otro, totalmente a la ley del otro, por lo tanto la hospitalidad absoluta implica quedarse sin ley, quedarse sin regla, quedarse sin estructura, quedarse vacío de sí mismo. Es un *tsunami* que arrasa con todo, que se come todo. Si algo así como la hospitalidad pura fuera posible sería la desaparición del sí mismo, succionado totalmente por lo otro; y por eso es que ante ese temor, ante esa cosa extrema de la hospitalidad pura, se erigen todas las fronteras, todas las leyes todas las aduanas. La hospitalidad absoluta es imposible, sería la muerte del afuera o del otro, el otro dejaría de ser el otro para pasar a ser el mismo, y el mismo dejaría de ser el mismo para ser el otro, con lo cual ya no habría ni mismo ni otro: solo Todo.

Entonces, nuevamente, vamos a partir de la idea de que no hay Una sola cosa, como piensan por ejemplo, los hegelianos, o los empiristas, sino que hay por lo menos dos: lo mismo y lo otro. Si esto es así lo mismo debe contener a lo otro dentro de sí mismo: porque si lo otro, el afuera, no llevara dentro al adentro no sería un afuera. La proposición básica de esta dualidad implica la imposibilidad de que se resuelva en una unidad, es una dialéctica sin conciliación posible. Una dialéctica sin fin. Un movimiento que no para.

¿Por qué? ¿Por qué no para? Por el tercero. Pero ¿cómo? ¿no es este tercero el instrumento privilegiado en el que se basa la dialéctica hegeliana, contra la cual la deconstrucción se alzaría? ¿No es este tercero, acaso, el mediador, el que justamente por estar en el “medio” permite la reconciliación, la síntesis, la participación? Derrida no lo ve así. Interpreta al tercero como aquello que en su heterogeneidad absoluta, impide toda síntesis, toda juntura, toda reconciliación, todo cierre. Promete entonces la justicia, la

invención del otro, el arribo del mesías que siempre arriba, está arribando y no para ni termina de arribar; volveremos también sobre esto.

Ya en los primeros textos de Derrida aparecerá la resistencia de lo que no es ni esto ni lo otro, resistencia a ser asimilado por esto o por lo otro. Estos resistentes son los indecibles, que en tanto tales permanecen, restan, resisten, se resisten a ser asimilados, comidos, destruidos, aniquilados por los pares de opuestos del pensamiento binario, del pensamiento de logos, un binarismo al servicio de la Totalidad de lo Mismo, que es como decir lo mismo al cuadrado. Uno de los pares de la dicotomía carga siempre con el peso de la culpa: es lo malo, lo sucio y lo feo, para mayor gloria del par privilegiado, por supuesto. Así: el espíritu sobre la materia por encima y arriba; lo inteligible sobre lo sensible; la vida sobre la muerte; la eternidad sobre el tiempo; la unidad sobre la dispersión; el Todo sobre todo y todos. Pero hete aquí que los indecibles que no son ni esto ni lo otro, escapan de estas abstracciones, se resisten, inasimilables, impidiendo el cierre del concepto, habitando en el “entre”. Los indecibles impiden la realización de la Unidad, es decir el cierre del círculo de lo mismo. Gracias a los indecibles, hay acontecimiento, o lo que es lo mismo: algo pasa. Y porque algo pasa, no pasa que todo quede congelado en eterna y paralizada presencia. La deconstrucción es aquello que acontece, y si acontece entonces la Totalidad está derrotándose o deconstruyéndose. Malas noticias entonces para los totalitarios. Si algo acontece es que el círculo de la reapropiación falla, un resto inasimilable se le escapa y da lugar y da tiempo. El concepto nunca puede terminar de ahogar a la diferencia.

La deconstrucción es una filosofía contra la totalidad, acabamos de decir, contra el imperio único de lo Único. El arma que ella utiliza es el resto, aquello que los esquemas de la razón no pueden contener, aquello que se escapa y resiste siempre a todo intento de apropiación, de asimilación, de totalización, aquello que proclama la victoria de lo individual sobre lo universal, pero lo proclama como una promesa, una promesa originaria. Porque que haya resto es lo que impide el cierre absoluto, la unicidad total, la ausencia de tiempo en la eternidad, la ausencia de espacio en la totalidad, la ausencia de todo en el Todo, ya que en el Todo no puede haber nada diferente, si hubiera algo diferente el Todo no sería el Todo, sería el Todo y otro diferente, el verdadero Todo tendría que integrar dialécticamente al todo y a su otro diferente, acabando así con toda diferencia lo que es la condición de posibilidad del Todo. Pero por suerte nos ha sido prometido el resto o, para seguir al último Derrida, la justicia: la promesa de que la separación, la diferencia, lo individual no serán nunca devorados por lo mismo, que es lo mismo que decir que la Muerte no triunfará: larga vida a los fantasmas. Y no serán nunca devorados porque la justicia siempre está *por* llegar. Este *por* llegar abre el tiempo e impide el eterno retorno de lo mismo, la repetición no se repite a sí

misma, la repetición siempre difiere de sí misma, dando lugar a lo diferente, a lo otro. La justicia nunca se presenta, y esta no presencia, a la vez que invalida todo supuesto privilegio de “Lo presente”, es la garantía de que nunca se va a producir aquello que sería la peor de las injusticias, es decir: el arribo de la Justicia, que nuevamente no puede ser más que el arribo de la Muerte, el fin del deseo, la asimilación, el aniquilamiento de todo aquello que no sintonice con la “Justicia Misma Presente y Actuante”. El Mesías no puede llegar más que como Satanás. Su llegada sería el cierre del tiempo, el cierre de la historia, el cierre de la estructura de la esperanza, ya que para mantener la esperanza es necesario romper con toda esperanza determinada. Sin desajuste, sin fracaso, sin interrupción, hiato, disyunción, no es posible la justicia. La llegada anularía la promesa, la imposibilitaría. La llegada cancelaría todo por venir. Todo se consumó. Fin.

O: Eterna repetición de lo mismo. La odisea hegeliana de la conciencia que se reencuentra consigo misma, no dio jamás un paso, el dialéctico o el hermeneuta con sus círculos siempre se quedan en el mismo punto, un punto imposible: el presente.

Hablar es prometer. Toda frase, todo performativo implica una promesa. La performatividad de la promesa organiza para Derrida toda la relación con el otro. Antes de mí está el otro al que tengo que empezar por responder. Responder a un llamado que nunca deja de llamar. Una promesa irreductible, que no cesa de prometer. Un *Ven* que nos llama tanto del pasado –un pasado que no puede más que retornar, una y otra vez, como acoso fantasmal, recordándonos la promesa originaria, el compromiso originario, aquel primer sí al sí que nos endeuda para siempre– como desde el futuro, un futuro que nunca se cierra porque siempre está por venir. Un llamado a romper con todos los muros del presente, los muros de lo posible. Mantener abierto el sentido es sostener la promesa de que alguna vez se escribirá la palabra justa.

El Mesías es posible sólo porque es imposible.

Lo posible como posible es imposible, un posible no imposible, sería un pro-grama, un conjunto de procedimientos regulados, de prácticas metódicas, un camino seguro, una ruta pavimentada y señalizada que no conduce a ningún lugar. Que no da lugar al acontecimiento. No hay posibilidad en el reino cerrado de lo posible. No hay *por-venir*.

El porvenir sólo puede anticiparse bajo la forma del peligro absoluto. Rompe absolutamente con la normalidad constituida y, por lo tanto, no puede anunciarse, *presentarse*, sino bajo el aspecto de la monstruosidad.<sup>5</sup>

---

5. J. Derrida, *De la gramatología*, trad. O. Del Barco y C. Ceretti, México, Siglo XXI, 1998, p. 10. Monstruosidad porque “la forma es la huella de lo informe” (Plotino, *Enéadas*, VI, 7, 30).

Que no haya posible como tal, es entonces la condición de posibilidad del por-venir, es decir de la venida de lo imposible. Si viene lo posible, viene lo conocido, lo repetido, lo asegurado, lo esperado, no pasa nada con lo posible, no es posible que venga el acontecimiento. Por eso, si hay acontecimiento, este solo puede venir de lo imposible. Aclaremos: Derrida llama “posible” a lo programable, a lo previsible, a lo instituido, a lo que se repite constantemente sin dar lugar a nada nuevo, es decir sin abrir el por-venir, sino cerrándolo en el círculo reproductivo de lo mismo, en la perpetuación de las instituciones: el por-venir es reemplazado así por un “presente futuro” porque su futuro “posible” ya está “presente” aunque sea sólo en la forma de “ideal” para aquellos proyectos más ambiciosos, que ya no postulan una repetición mecánica sino que prevén alguna meta escatológica. Todos los progresismos siguen este patrón y no sólo ellos, desde luego.

La herencia es una de las formas de la hospitalidad, hospitalidad que se ejerce reafirmando lo que viene “antes” de nosotros, lo que recibimos antes de ser sujetos y poder elegir, por lo cual la herencia no se elige, no es la elección de un sujeto “libre” y “soberano”, ella nos elige violentamente. Reafirmar la herencia es mantenerla con vida y mantenerla con vida significa reactivarla de otro modo. Lo que heredo no es algo de lo cual pueda apropiarme, ya que en ella, como en todo el resto inasimilable, la apropiación está unida a un movimiento de expropiación. Como dice Derrida en un libro de diálogos<sup>6</sup>, la herencia no se elige, no se escoge, se escoge conservarla con vida, mantenerla en la pervivencia, en la *survie*, y esto se hace por un movimiento doble: una reafirmación que a la vez continúa y a la vez interrumpe y debe necesariamente interrumpir: decir hoy aquí lo que es “Derrida”, dejarlo sentado y establecido de una vez y para siempre –si tal cosa fuera posible– sería el fin de la herencia, el entierro y la lápida. No habría ya por-venir para la firma *Jacques Derrida*, porque ésta se habría totalizado en un punto de presencia. Para salvar la pervivencia es necesario, por tanto: editar, seleccionar, cortar, pegar, reinterpretar, filtrar, desplazar, criticar; intervenir activamente para que la herencia no se cierre y quede lugar, para que algo pase, para que algo ocurra, un acontecimiento, el por-venir. La continuidad de la herencia está garantizada por esta fidelidad necesariamente infiel, por el necesario fracaso en concretar la totalidad que es justamente lo que permite que nunca termine, una tesis, un texto, una vida. Que nunca se cierre en un círculo, que nunca baje a su tumba. El origen no-originario no se deja llevar ni a un presente de origen simple, ni a una presencia escatológica. Por-venir no indica una dirección en el tiempo: si toda huella es huella inscripta es entonces huella de huella, su origen siempre la precede. Lo otro está en mí, viene a mí desde antes que

---

6. J. Derrida y E. Roudinesco: “¿Y mañana qué...?”, el diálogo al que hacemos referencia es: “Escoger su herencia”, trad. V. Goldstein, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 9-28.

se establezca una división entre el otro y yo, la llegada del por-venir es originaria. Lo que somos lo heredamos, no somos más que lo que heredamos. Ser es heredar. Nos dice Derrida: “el ser de lo que somos es, ante todo, herencia”<sup>7</sup>. El origen de todo está en esta venida de (lo) otro. Y esta venida nunca termina, la restancia hace que el movimiento no tenga fin. Los fantasmas sobreviven, la esencia nunca se hace presente y la pervivencia no termina.

En el punto más puntual de la reunión más unitiva, en la más unida de las unidades, no hay espacio (ni tiempo) para nada que no sea El Uno. O mejor, no hay lugar ni para la unidad, con lo cual nuevamente, la disociación es la condición de posibilidad de cualquier unidad en cuanto tal. La ex-apropiación, no se totaliza, no se cierra jamás. Ex-apropiación. Ni apropiación ni expropiación sino un movimiento por el cual me dirijo hacia el otro para apropiármelo, para comerlo, pero este comer que es también un cargar, un portar, un llevar, un hacerse cargo, es al mismo tiempo saber y deseo de que el otro permanezca como otro, extraño, extranjero a mí, trascendente, alejado, otro en su irreductible singularidad.

Portar al otro no es entonces anular la exterioridad en la caverna del yo, cada vez más poderoso, más único, cerrado a fuerza de devorar lo ajeno en una loca carrera dialéctica que termine con todo en el Todo, la Nada, de una única y totalitaria soledad.

El cierre perfecto en un punto es la muerte, pero no la muerte que nos constituye en cuanto moribundos, fantasmas, sobrevivientes, marranos, habitando la-vida-la-muerte; sino la muerte como el fin de toda apertura, la muerte como cierre de toda posibilidad. La muerte como lo que no tiene ni espacio, ni tiempo. Con lo cual abrir, abrirse a lo que vendrá es la tarea, tarea infinita, tarea destinada a nunca triunfar a menos que se hunda en el fracaso absoluto, es decir en aquello mismo que pretendía combatir. Para Derrida la filosofía debe levantar acta de esta tragedia, mostrar cómo solo en la amenaza está la oportunidad y comprometerse todo lo posible en la venida de lo imposible, sabiendo que no ocurrirá jamás pero que ésta es una tarea que no se puede no volver a empezar una y otra vez.

Sentenciar esa doble inyunción no puede ser más que una sentencia de muerte. La muerte [...] es la única que puede disponer que la doble inyunción no opere con doble filo.<sup>8</sup>

Volver a empezar y sin saber qué hacer, ya que, claro, lo indecible es la condición de posibilidad de la decisión, decisión nunca garantizada, decisión

---

7. J. Derrida, *Espectros de Marx*, trad. J. M. Alarcón y C. de Peretti, Valladolid, Trotta, 1998, p. 68.

8. J. Derrida, “A corazón abierto” en: *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*, trad. de C. de Peretti y P. Vidarte, Madrid, Trotta, 2001, p. 25.

siempre en riesgo mortal, decisión que no me garantiza no ya el éxito sino siquiera la llegada a destino, “destinerrancia”, llama Derrida a esta estructura que es la posibilidad misma de la vida y por supuesto no “La Vida”, en el sentido absoluto que hace un segundo le dimos a la muerte, sino la vida mezclada con la muerte, la muerte contaminada con la vida, la *survie*: “*Préférez toujours la vie et affirmez sans cesse la survie...*”. Estas son las últimas palabras de Jacques Derrida dichas, por su hijo Pierre, el martes 12 de octubre de 2004, en su ceremonia fúnebre, palabras escritas por un Derrida vivo para ser leídas ante y en nombre de un Derrida muerto. Un Derrida muerto que a la manera del Sr. Valdemar de Poe, nos dice que está muerto y al decirlo niega su muerte. Nos habla desde su muerte por la voz de su hijo y nos habla para dejarnos una inyunción, una orden, un mandato, un testamento, una deuda y un don: “Prefieran siempre la vida y afirmen sin cesar la pervivencia”.

Que la herencia de Derrida sea inapropiable (aunque a la vez esta apropiación sea un deber para sus herederos), se debe entre otras cosas, a que no existe “Derrida” ni “El pensamiento” del señor Derrida. La herencia no es una cosa, ni está en depósito, ni es una cuenta en el banco, ni un stock almacenado o almacenable, porque el concepto mismo de herencia implica que la cosa, el depósito, la cuenta, el stock nunca lleguen a constituirse. El mismo proceso ocurre con el sentido en general, no hay sentido posible si la apropiación tiene éxito, como a la vez no hay herencia ni sentido posible, sin el deseo, o la tarea, o la inyunción espectral de la apropiación. Tengo que apropiarme pero a la vez necesito que aquello de lo que me apropio siga siendo diferente de mí, para que la apropiación sea posible. A esta doble ley llama Derrida ex-apropiación. La apropiación debe siempre chocar con un resto, ser finita. Para los seres infinitos, si los hubiera, no hay herencia, como no hay sentido.

La herencia del texto de un autor es un duelo imposible, donde la imposibilidad de cerrar el sentido en una interpretación única y definitiva es lo que le otorga al mismo su pervivencia. Al igual que el duelo de la muerte del amigo debe necesariamente fracasar, ya que es el fracaso de la apropiación del otro, del canibalismo hacia el otro, de la absorción total del otro en mí. El sueño de todo narcisismo. Pero el otro siempre conserva un resto incomible, indigerible, una cripta secreta que siempre me habitará, que deberé portar, llevar, honrar. La cripta es el resto inasimilable, lo inapropiable, lo que permanece siempre como otro, el legado del otro que permanece en mí como distinto de mí, que debo portarlo cuando el otro ya no esté. El duelo empieza antes de la muerte, se prepara y espera, desde siempre. La justicia es un resto del otro que está en mí en el modo de la cripta. Como es inasimilable, la disyunción siempre continúa. La justicia es el resto que se da en herencia, la voz que no se calla, el deseo que no cesa, la promesa originaría, la promesa de *survivre*. La disyunción que hace espacio. El legado sobrevive al sus-

traerse, esta sobrevida, esta pervivencia, le da su porvenir al no cerrar el trazo, la herencia esta siempre por venir.

La traducibilidad garantizada, la homogeneidad dada, la coherencia sistemática *absolutas* es lo que hace seguramente (ciertamente, *a priori* y no probablemente) que la inyunción, la herencia y el porvenir, en una palabra, lo otro, sean imposibles. *Es preciso* la desconexión, la interrupción, lo heterogéneo, al menos si hay algún *es preciso, si es preciso* dar una oportunidad a algún *es preciso, aunque sea más allá del deber*.<sup>9</sup>

Dejar una huella, en general, es siempre dejar constancia de nuestra desaparición, de nuestra muerte, porque desde que se traza un trazo, desde que se inscribe una huella, esa huella se me va, puede repetirse, me sobrevive, sobrevive al instante de su inscripción y al supuesto autor-productor de la misma. No hay presencia sin huella ni huella sin muerte. Huella –lo sabemos– implica siempre repetición, ausencia, riesgo de pérdida, muerte. Por otra parte, el envío del otro implica un “retraso” este retraso, no posibilita sólo la pérdida o el robo o la falsificación del envío, su no llegada a destino, sino la posibilidad de la muerte del autor del mensaje. Y esta muerte es a la vez, la posibilidad de la vida del texto. La muerte abre la carta, la marca, abre la huella a la alteridad más indiscriminada y general, la sitúa en la peor de las intemperies y por eso mismo impide su llegada definitiva es decir su fin. La escritura es infinita porque la muerte la habita. La huella, la carta necesita no solo de su “autor” sino también de su destinatario, no es mensaje sin el otro, pero el otro, tampoco le es necesario al texto, su muerte también está inscrita en la estructura general de la escritura, que se convierte así en el trayecto infinito de una herencia, en el traspaso de un don que nunca puede hacerse presente, de un sentido que nunca puede ser apropiado.

El *resto* es la condición de posibilidad del acontecimiento y la filosofía de Derrida es una filosofía del acontecimiento, entendiéndolo por tal: la donación de lo otro, que en tanto otro no puede ser lo mismo, y en cuanto don no puede ser lo dado, lo que implica la improgramabilidad del acontecimiento. El acontecimiento es lo que acontece escapando a las reglas de lo mismo, pero no por mérito de alguna originalidad divina, sino por obra de la simple repetición que al repetir produce lo otro, no hay repetición en sí porque no hay en sí. La repetición en sí exigiría al menos una unidad, un átomo, que fuera capaz de repetirse, pero ese elemento, ese átomo no existe. La divisibilidad no termina, por las mismas razones que la diferencia no termina.

La repetición, como todo, nunca puede completar su círculo, porque lo que debe repetirse nunca llega siquiera a ser el mismo, no hay repetición como tal, porque no hay como tal que pueda repetirse como tal. De lo que se deducen

---

9. J. Derrida, *Espectros de Marx*, trad. cit., p. 48.

al menos cuatro cosas: 1) La repetición, al no poder nunca repetirse, está condenada a producir lo nuevo, es decir el acontecimiento, el otro. Si la repetición es alter-acción entonces lo que se vuelve inconcebible es lo mismo o lo que es lo mismo: el uno, el origen, el autor; 2) Si la repetición no se repite cada singularidad es absolutamente única; 3) El eterno retorno de lo mismo es la eterna amenaza, eternamente condenada a fracasar; 4) El origen es retorno, re-venida, re-aparición espectral, la herencia ni comienza ni termina.

Habíamos dicho hace un momento que no hay átomos. Y que no haya átomos nos recuerda que tampoco andan por ahí *Sujetos* tal como la modernidad se los imaginó, no hay átomos aislados chocando entre sí como patética y única forma de relación. “Hay que pensar la vida como huella antes de determinar el ser como presencia”<sup>10</sup> dice Derrida en un texto sobre Freud, donde también se afirma:

El “sujeto” de la escritura no existe si por ello se entiende tal soledad soberana del escritor. El sujeto de la escritura es un *sistema* de relaciones entre las capas: del bloc mágico, de lo psíquico, de la sociedad, del mundo. Dentro de esta escena, la simplicidad puntual del sujeto clásico es inencontrable.<sup>11</sup>

Como somos huella de huella, estamos desde siempre inmersos en unas redes, en tejidos, en textos que nos sobrepasan y nos constituyen. Por eso para la deconstrucción no es lo primero los derechos del “yo soberano”, sino la responsabilidad ilimitada con el otro, el com-promiso que com-promete con el otro que he adquirido en una promesa efectuada antes de ser y antes de cualquier “contrato”. La heteronomía está antes de la autonomía. Un sí entonces en el origen. Un sí que antes de todo promete y compromete con el otro que está siempre antes –y del cual por tanto soy heredero.

¿Puede un sujeto responder de sí? Para hacerlo debería saber todo sobre sí, debería tener un “yo” que acompañe todas “sus” representaciones, debería ser capaz de totalizarse bajo un solo y único nombre, pero esta identidad consigo mismo, esta permanencia calculable, este encierro, si fueran posibles, haría imposible todo acontecimiento, tornando la decisión algo accidental que no cambia nada, que no abre nada. Si el acontecimiento es lo que viene sin ser previsto, predeterminado, pronosticado, el acontecimiento de la decisión no me pertenece, es “lo otro en mí, que decide y desgarr”<sup>12</sup>. Si la decisión está en mí (y estamos viendo cuántas dificultades conlleva este *mí*), si se encuentra bajo

---

10. J. Derrida, “Freud y la escena de la escritura” en: *La escritura y la diferencia*, trad. P. Peñalver, Barcelona, Anthopos, 1989, p. 280.

11. *Ibid.*, p. 311.

12. J. Derrida, *Políticas de la amistad*, trad. P. Peñalver y P. Vidarte, Madrid, Trotta, 1998, p. 87.

mi saber y mi poder, si la decisión es para mí posible, si es una decisión que yo puedo tomar, siendo entonces el paso al acto de mis posibles, pues entonces no decido nada. Al pasar quiero mencionar que nos encontramos nuevamente con lo imposible como condición de posibilidad, la posibilidad de la decisión está sostenida en su imposibilidad. La decisión debe ser entonces una decisión pasiva, la decisión del otro en mí, decisión inconsciente que sin embargo no me libra de ninguna responsabilidad, ni de ninguna libertad. Ya que hay por venir, el contexto está siempre abierto porque acontece. Si el contexto siempre está abierto entonces nunca puede ser del todo determinable. Que no se pueda saber nunca todo sobre algo, garantiza que en cada caso, me encuentre ante la necesidad de decidir lo indecidible, que no esté obligado por un cálculo o un programa sino entregado a la locura del instante, porque como dice Kierkegaard “El instante de la decisión es una locura”, locura que nos arroja al desgarramiento de tener que elegir sin ninguna seguridad. La decisión como imposible debe ser indecidible. “Indecidible es la experiencia de lo que siendo extranjero, heterogéneo con respecto al orden de lo calculable y de la regla, debe sin embargo –es de un deber de lo que hay que hablar– entregarse a la decisión imposible”<sup>13</sup>. Indecidible no tiene nada que ver con indecisión, ni con parálisis; lo indecidible es la condición de la decisión, del acontecimiento. Lo contrario de la indecidibilidad no es la decisión sino lo calculable, lo programable, lo formalizable, lo computable. En este sentido, decidir algo decidido no es decidir nada, es nuevamente asegurar el círculo de lo mismo. Sin el riesgo de esta indeterminación no habría lugar para el deseo y por tanto tampoco para el porvenir. Es entonces, para Derrida, el momento de ser fiel-infiel a la herencia de Kant, siguiendo hasta el extremo su propia lógica: para Kant una acción moral no debe solamente ser “conforme al deber”, sino que debe ser llevada a cabo “por deber”, “por puro deber”. Muy bien, dice Derrida, pero la cosa no termina aquí, si yo actúo por puro deber, es decir porque debo, no puedo afirmar que mi acción sea moral: en primer lugar dicha acción está determinada por un saber: yo sé lo que se debe hacer, cuento con una regla o un programa, una receta que me dice qué es lo que debo hacer. Y por otro lado si actúo porque debo, si el motivo de mi acción es una deuda, mi acción consiste en cancelar dicha deuda, en cerrar el círculo económico de un intercambio comercial, quedándome entonces encerrado en una totalización, en una reapropiación, que el acontecimiento de la decisión debería desbordar. La moralidad pura debe exceder todos los cálculos conscientes o inconscientes, todos los propósitos, todos los proyectos de restitución o de reapropiación. La decisión debe permanecer indecidible, nunca puede decirse de ella que está presente y que es justa. En efecto: o fue tomada sin ninguna regla y nada permite entonces decir que es justa, o fue

---

13. J. Derrida, “Del derecho a la justicia” en: *Fuerza de ley. El “fundamento místico de la autoridad”*, trad. A. Barberá y P. Peñalver, Madrid, Tecnos, 1997, p. 55.

tomada de acuerdo con una regla que nada garantiza o bien en el caso de que la regla garantizara la justicia de la decisión ya no se trataría de una decisión sino de un cálculo. Con lo cual el fantasma de lo indecible acosa a toda decisión deconstruyendo toda seguridad de presencia, toda buena conciencia, la existencia misma de la decisión en cuanto tal. El deber de lo indecible pone en evidencia lo engañoso de basar una ética en el sujeto:

Sin duda la subjetividad de un sujeto, ya, no decide nunca sobre nada: su identidad consigo y su permanencia calculable hacen de toda decisión un accidente que deja al sujeto indiferente. Una teoría del sujeto es incapaz de dar cuenta de la menor decisión. [...] lo otro en mí que decide y desgarrar. La decisión pasiva, condición del acontecimiento, es siempre en mí, estructuralmente, otra decisión, una decisión desgarradora como decisión del otro. Del otro absoluto en mí, del otro como lo absoluto que decide de mí en mí.<sup>14</sup>

### ***Una pequeña aventura legal***

El 11 de septiembre de 2007, la embajada de Francia y la Cámara Argentina del libro, mediante una denuncia, ponen en funcionamiento contra el que esto escribe la maquinaria penal del Estado Argentino; el delito: violar los derechos del “autor”<sup>15</sup> Jacques Derrida, o si se quiere los de los herederos legítimos del mismo, que según se desprende de la causa serían *Les Editions de Minuit*, las cuales han dicho:

En sept ans, Horacio Potel a mis en ligne gratuitement et sans autorisation des versions complètes de plusieurs ouvrages de Jacques Derrida, ce qui est néfaste à la diffusion de sa pensée.<sup>16</sup>

---

14. J. Derrida, *Políticas de la amistad*, trad. cit., pp. 86-88

15. “Desde el momento en que lo publica [...] desde el momento en que lo escribe y lo constituye dedicándose a su “querido amigo”, *el presunto firmante* [...] *lo deja constituirse en sistema de huellas, lo destina, lo da*, no sólo a otros en general distintos de “su querido amigo” Arsène Houssaye, sino que *hace entrega de él –y eso es el dar– por encima de cualquier destinatario o legatario determinado. El firmante acreditado lo entrega a una diseminación sin retorno.* [...] la estructura de huella y de legado de este texto –así como todo lo que puede ser en general– desborda la fantasía de retorno y marca *la muerte del firmante o el no retorno del legado, el no-beneficio, por consiguiente, cierta condición de don, en la escritura misma*”. J. Derrida, *Dar (el) tiempo. I. La moneda falsa*, trad. C. de Peretti, Buenos Aires, Paidós, 1995, p. 101. El subrayado es nuestro.

16. “Plainte contre un enseignant argentin: l'accès à l'éducation en question”, informe de Catherine Saez para *Intellectual Property Watch*. <http://www.ip-watch.org/weblog/2009/05/18/plainte-contre-un-enseignant-argentin-l'accès-a-l'éducation-en-question/> (Fecha de consulta: 22/02/2011). Hay versión en inglés: “Argentina Copyright Case Brings Access To Education Into The Spotlight”: <http://www.ip-watch.org/2009/05/12/argentina-copyright-case-brings-access-to-education-into-the->

Singular frase que seguramente habría hecho las delicias del autor defendido y que se prestaría a innumerables ejercicios deconstructivos, si no fuera que en su tremenda ingenuidad se delata a sí misma inmediatamente. Pero de la infinidad de lecturas que la misma da a lugar, preferimos aquella que le da la razón a *Minuit*: Es cierto, es nefasto para la difusión del pensamiento de Jacques Derrida que un sitio web ponga a disposición de todos, las obras de Jacques Derrida. Si el pensamiento de Jacques Derrida es uno, si hay algo así como “*sa pensé*”, así en singular: “El pensamiento de Jacques Derrida” –defendido por su herederos legales, sus abogados, el gobierno francés y los editores argentinos agrupados en la CAL–, si tal cosa existe, es claro que nada puede ser peor para la difusión de *ese* pensamiento, que la difusión de sus textos. Porque en esos textos, a los que nos negamos a llamar obras, está la *sur-vie* de Jacques Derrida, el lugar de donde salen todos sus fantasmas, el lugar de la infección, el medio de transmisión de tantos y tantos fantasmas acosadores todos llamados Jacques Derrida y ninguno igual al otro. Tal cantidad de fantasmas no puede hacer más que problemática la distribución de las ganancias –que como se ve, para algunos es el verdadero nombre de la herencia. La difusión de sus textos –y para colmo por ese escándalo para la justa localización que es la Web– es una violación de la tumba que trata de impedir el duelo, que como ha escrito uno de los fantasmas de Derrida, consiste siempre en: “intentar ontologizar restos, en hacerlos presentes, en primer lugar en *identificar* los despojos y en *localizar* a los muertos”<sup>17</sup>. Difundir sus textos<sup>18</sup>, sin el permiso,

---

spotlight/ y en castellano: “Un caso sobre derechos de autor en Argentina pone en primer plano el acceso a la educación”: <http://www.ip-watch.org/2009/05/18/un-caso-sobre-derechos-de-autor-en-argentina-pone-en-primero-plano-el-acceso-a-la-educacion/comment-page-1/>. En esta versión las declaraciones de Minuit que dejamos sin traducir son verdidas así: “Horacio Potel ha publicado durante varios años, sin autorización y de manera gratuita, versiones completas de varias obras de Jacques Derrida, lo que resulta perjudicial para la difusión de las ideas de Derrida”.

17 J. Derrida, *Espectros de Marx*, trad. cit., p. 23.

18. Este problema del copyright es uno de los principales problemas políticos de nuestro ahora, su tratamiento excede los propósitos de este escrito. Sería bueno, sin embargo recordar unas palabras de Jacques Derrida en 1995: “Por supuesto, la cuestión de una política del archivo nos orienta aquí permanentemente [...]. Jamás se determinará esta cuestión como una cuestión política más entre otras. Ella atraviesa la totalidad del campo y en verdad determina de parte a parte lo político como *res publica*. Ningún poder político sin control del archivo, cuando no de la memoria. La democratización efectiva se mide siempre por este criterio esencial: la participación y el acceso al archivo, a su constitución y a su interpretación. *A contrario*, las infracciones de la democracia se miden por lo que una obra reciente y notable por tantos motivos llama *Archivos prohibidos*”. J. Derrida, *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, trad. P. Vidarte. Disponible en *Derrida en castellano*: <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/mal+de+archivo.htm> (Fecha de consulta: 22/02/2011). También creo interesante añadir unas extensas citas de un texto reciente de Michael Hardt, que creo ayuda a apreciar la gravedad de la cuestión: “hoy la lucha se libra entre la propiedad material y la propiedad inmaterial [...] hoy las cuestiones de fondo son la escasez y el carácter reproducible de ciertos bienes [...] la lucha se da entre la propiedad exclusiva y la propiedad compartida. Esa centralidad que tiene la propiedad inmaterial y reproducible en la economía capitalista puede

la censura y el filtro de aquellos que están autorizados a hacerlo es violar la tumba del muerto para hacer vivir a sus fantasmas, para que lo propio de un nombre propio esté siempre por venir; para tratar de cumplir con la inyunción que Derrida nos ha heredado respecto de los espíritus, de los fantasmas: “Pues ésta será nuestra hipótesis o más bien nuestra toma de partido: *hay más de uno, debe haber más de uno*”<sup>19</sup>. Si hay algo criminal es detener los envíos, cerrar las fronteras, la deconstrucción no puede aceptar esto porque se juega por el por-venir.

“Prefieran siempre la vida y afirmen sin cesar la sobrevida... Los amo y les sonrío desde donde quiera que esté”. Estas, acabamos de verlo, son las últimas palabras que Derrida se escribe vivo para ser leídas cuando esté muerto, en el *Adiós*. Adiós que no será ni puede ser el último, justamente porque los fantasmas de Derrida nos han enseñado a alejarnos, a huir de sus ídolos, a no introyectarlos, a no apropiarnos de ellos como si fueran estatuas de piedras, muertas bien muertas y que nos matan con su peso, a no guardar dentro nuestro su ideal, para no encerrarlos en la cripta de nuestra mismidad, canibalizándolos, impidiendo la sobrevida de sus fantasmas, sobrevida que implica liberar el nombre de Derrida al mar de las interpretaciones, a la diseminación sin fin de sus textos, dejar que sus nombres, que sus firmas, queden abiertos. No queremos que su nombre sea su último nombre, por lo cual no podemos más que borrarlo. Para no desnombrarlo no podemos nombrarlo.

---

reconocerse fácilmente aun echando una superficial ojeada al campo de la legislación referente a la propiedad, campo en el que los temas más activamente debatidos son las patentes, los derechos de autor [...] El hecho de que en esta esfera no sea aplicable la lógica de la escasez plantea nuevos problemas a la propiedad. Así como Marx vio que el movimiento necesariamente triunfa sobre la inmovilidad, hoy vemos que lo inmaterial triunfa sobre lo material, lo reproducible sobre lo irreproducible y lo compartido sobre lo exclusivo. [...] Si bien es posible privatizar como propiedad las ideas, las imágenes, los conocimientos, los códigos, los lenguajes y hasta los afectos, se hace mucho más difícil vigilar esa propiedad, pues es muy sencillo compartirla y reproducirla. Estos bienes ejercen una presión constante por escapar de los límites de la propiedad y hacerse comunes. [...] En realidad, para poder realizar su máxima productividad, las ideas, las imágenes y los afectos, deben ser comunes y compartidos. Cuando se los privatiza, su productividad se reduce dramáticamente [...] cuanto más se acorrala lo común en el intento de convertirlo en propiedad, tanto más se reduce su productividad; y sin embargo, la expansión de lo común va socavando las relaciones de propiedad de una manera fundamental y general. [...] El acceso abierto y el compartir que garantizan el uso de lo común están fuera de la relaciones de propiedad y son sus enemigos. [...] la producción biopolítica, particularmente de la manera en que excede las fronteras de las relaciones capitalistas y se refiere constantemente a lo común, le concede al trabajo una autonomía creciente y proporciona las herramientas o las armas que podrían empuñarse en un proyecto de liberación. [...] a través del carácter cada vez más central que adquiere lo común en la producción capitalista –la producción de ideas, afectos, relaciones sociales y formas de vida– están surgiendo las condiciones y las armas para un proyecto comunista. Dicho de otro modo, el capital está creando sus propios sepulcros”. M. Hardt, “Lo común en el comunismo” en: A. Badiou *et. alt.*, *Sobre la idea del comunismo*, comp. A. Hounie, trad. A. Bixio, Buenos Aires, Paidós, 2010, pp. 134-143.

19 J. Derrida, *Espectros de Marx*, trad. cit., p. 27.

Inscribirlo es el primer paso de esta traición, la única que pude mantener su sobrevida, el ir y venir de sus fantasmas. Para respetar su alteridad, para conservar la infinita distancia que nos pide, debemos olvidar eso que fue y no son, o mejor dicho eso que desde siempre estuvieron dejando de ser. Borrar el presente de un nombre para asegurar su por-venir.